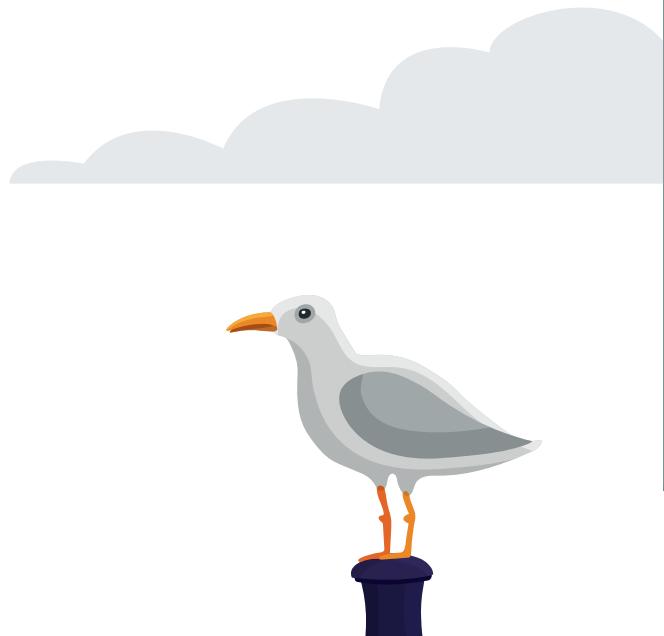


Cuentos de la mar 4



Lucía la costurera
Una tarde de pesca
Aitor el submarinista
Marta y su cesta de mimbre



Lucía la costurera

Era una mañana soleada en la calle Ardigales, pero se notaba que el invierno llegaría pronto. Lucía, la costurera de la calle, estaba terminando de coser un traje tradicional marinero para un cliente muy especial.



Un joven pescador, que acababa de regresar de la mar después de varios meses faenando, quería sorprender a su novia por el día de San Andrés cuando lo viera llevando al Santo en la procesión entre todos los demás chicos del pueblo.





Lucía había puesto todo su cariño y su arte en la confección del traje, que era de color azul marino con detalles blancos en la chaqueta y unas iniciales verdes bordadas, como la bandera de la ciudad.

- “Tienes que buscar un pañuelo a cuadros para completar este traje, no se te puede olvidar”, le decía a Lucía una vecina que a veces la acompañaba en la tarea de coser mientras le contaba las nuevas noticias que había en el pueblo.

- “¡Lo terminé de coser esta mañana!”, dijo Lucía.

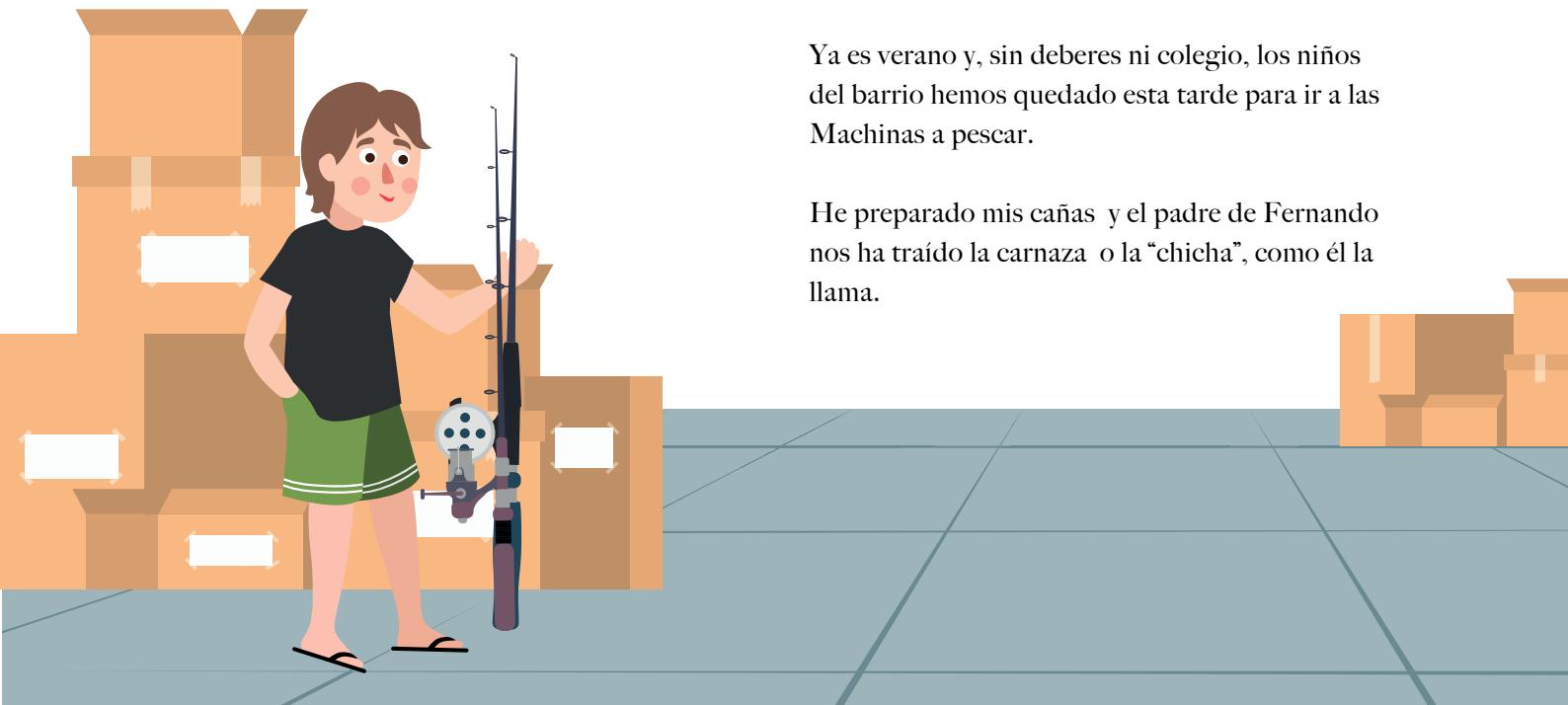
Lucía admiró su obra y sonrió satisfecha. En pocos días, pero con muchas horas de trabajo, había logrado crear un traje que reflejaba la personalidad y la historia del pescador, que era valiente, honesto y romántico.

Estaba segura de que le traería buena suerte estrenarlo el día de su patrón, San Andrés, como buen marinero que era.

Con cuidado, dobló el traje y lo metió en una bolsa de tela para ir hasta el muelle donde la esperaba el joven marinero con una sonrisa nerviosa y muy agradecido por la preciosa labor que Lucía había confeccionado expresamente para él.



Una tarde de pesca

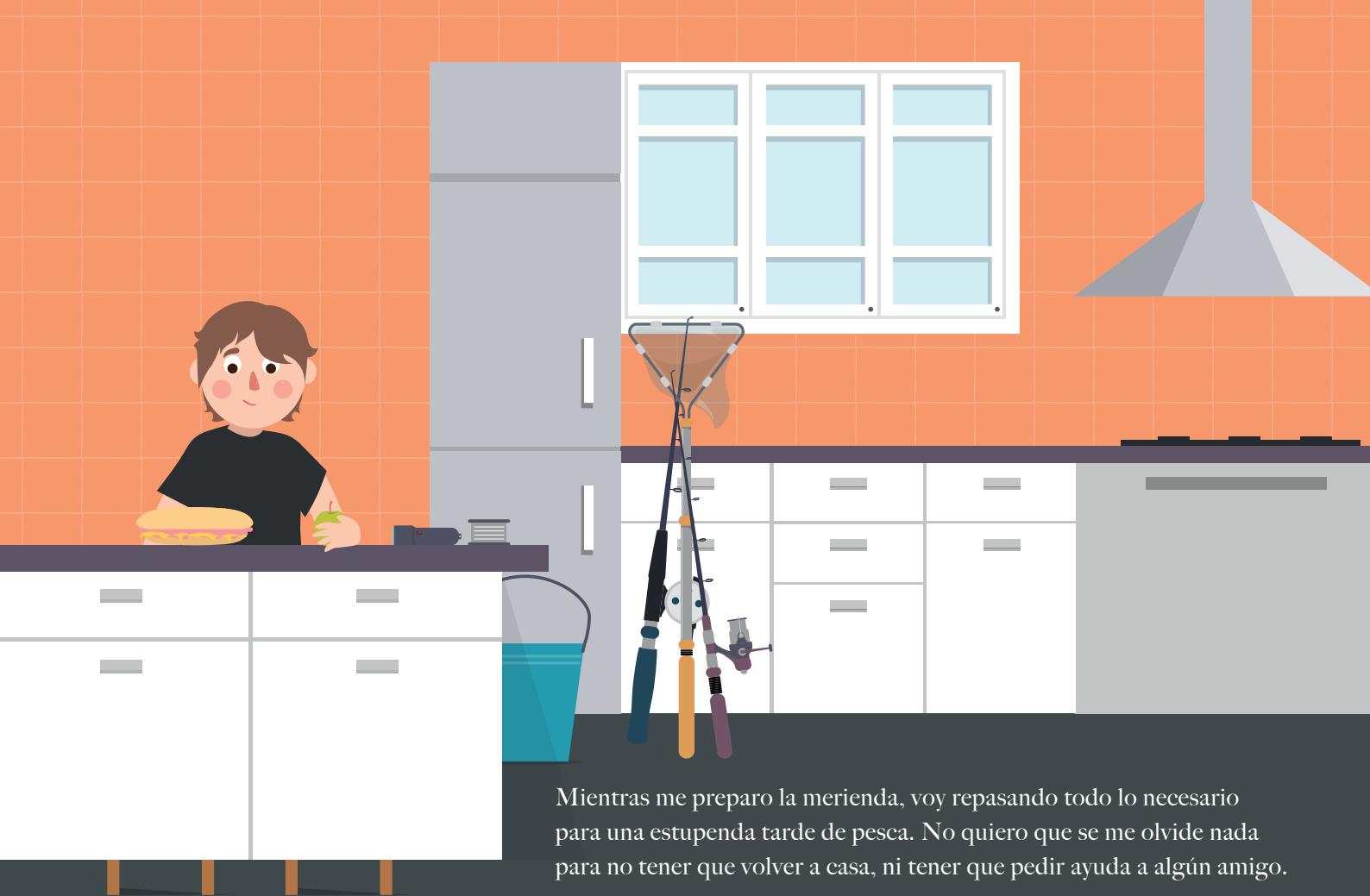


Ya es verano y, sin deberes ni colegio, los niños del barrio hemos quedado esta tarde para ir a las Machinas a pescar.

He preparado mis cañas y el padre de Fernando nos ha traído la carnaza o la "chicha", como él la llama.

Aunque a mí con lo que más me gusta pescar es con las gusanas. Según dice mi amigo Mario, son el mejor señuelo para pescar. Su padre siempre iba a Urdiales en busca de las mejores gusanas, a un lugar conocido como 'El Sable', y llevaba consigo una botella con agua y sal que utilizaba para poder atraparlas más fácilmente.





Mientras me preparo la merienda, voy repasando todo lo necesario para una estupenda tarde de pesca. No quiero que se me olvide nada para no tener que volver a casa, ni tener que pedir ayuda a algún amigo.

He prometido en casa que iba a traer unos riquísimos jibiones para el arroz negro que tanto nos gusta comer los domingos, y no quiero romper mi promesa como buen marinero de puerto que me gustaría llegar a ser algún día.

Y tampoco quiero oír a los mayores decirme como siempre: “El pescado de caña, más come que gana”. Aunque es verdad que los peces de caña comen más de lo que se dejan pescar, pero iqué bien nos lo pasamos mientras tanto!



Aitor el submarinista

Aitor, un joven submarinista, se sumergía a menudo en las profundas aguas del mar de Castro-Urdiales en busca de aventuras. Desde niño había escuchado historias sobre un antiguo pecio, un barco hundido lleno de tesoros, perdido hace siglos en esa misma costa. Aunque muchos habían buscado el barco con insistencia, hasta la fecha nadie lo había encontrado.



Un día, mientras exploraba una zona que nunca antes había visitado, Aitor vio algo extraño brillar entre las algas. Se acercó tímidamente al principio, pero con decisión después, hasta que sus ojos percibieron claramente algo raro, grande y que parecía muy pesado.

¡Sí, ahí estaba el pecio, por fin lo había encontrado!, cubierto por el paso del tiempo pero intacto. Fascinado y muy nervioso a la vez, se acercó todo lo que pudo para explorar sus oscuros rincones. Entre los restos del barco encontró una moneda de oro, un ducado antiguo, que recogió con cuidado como prueba de su hallazgo.



Unos días más tarde, Aitor, todavía emocionado, fue al museo naval para relatarles su descubrimiento con todo lujo de detalles. Al principio nadie le creyó, no le prestaron mucha atención porque pensaron que era una simple fantasía de un joven con mucha imaginación.

-“Muchos han hablado de ese barco y han explorado la zona para intentar localizarlo, pero jamás apareció”, le dijeron.





Sin embargo, cuando les mostró el ducado de oro, los expertos lo examinaron con asombro e interés.

-“¡Es auténtico! ¡Increíble!”, exclamaron sorprendidos.

Gracias a su tesón y a su valiente exploración, Aitor no solo fue reconocido como autor del hallazgo, sino que su nombre pasó a convertirse en leyenda, y el pecio fue estudiado y protegido como parte de la historia de Castro-Urdiales.

Marta y su cesta de mimbre

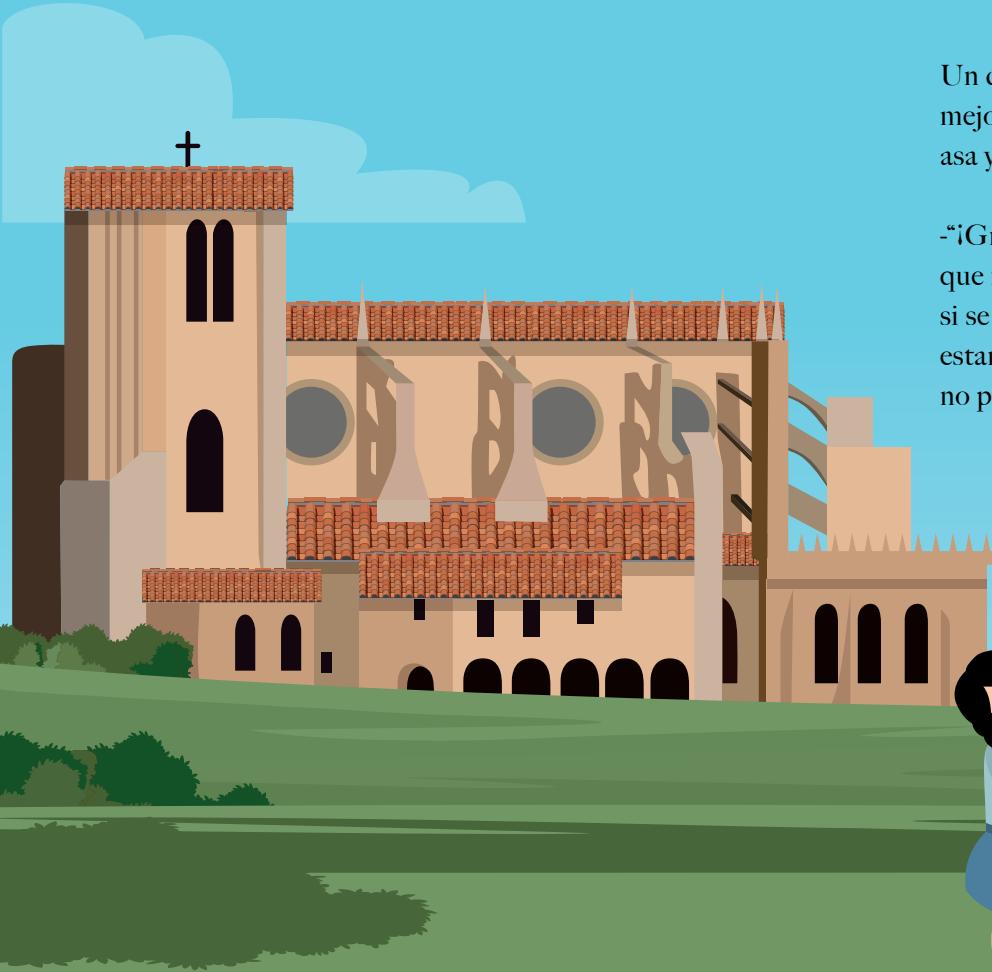
Marta siempre había admirado el oficio de tejer cestas de mimbre para transportar las sardinas desde los barcos hasta la Venta del puerto de Castro-Urdiales, y cómo las sardineras del puerto llevaban con gracia las cestas en la cabeza para vender las sardinas cantando siempre que: ¡son las mejores sardinas del Cantábrico!



Desde niña, Marta observaba con fascinación cómo su abuelo tejía los tallos flexibles y los convertía en preciosas cestas de distintos tamaños, todas muy resistentes y elegantes.

A Marta le gustaba acompañar a su abuelo al mercado de la plaza, donde vendía sus cestas a los pescadores y a los agricultores de los pueblos cercanos. Eran las más solicitadas y siempre vendía todas las que hacía durante la semana.





Un día, su abuelo le regaló una de sus mejores obras, ¡una cesta redonda con un asa y el dibujo de una sirena!

-“¡Gracias abuelo, es preciosa! Es tan bonita que me va a dar mucha pena usarla, porque si se me rompe no sabré cómo arreglarla, y estarás tan atareado con tus otras cestas que no podrás arreglámela en el momento”.



-“O tal vez puedas aprender junto a mí el oficio de cestera, y así siempre tendrás la oportunidad de arreglar otras cestas preciosas cuando la gente lo necesite”, le dijo su abuelo.

A Marta le entusiasmó la idea, así que guardó su cesta como un tesoro y se propuso aprender el arte de tejerlas, con paciencia y dedicación gracias a su abuelo, para así mantener vivo un oficio que forma parte de la cultura e historia de su pueblo.







cantabria
infinita



<http://turismo.castro-urdiales.net>